

REGION INDIGENA

Marcos Guevara

Cuando Omar Hernández me propuso participar en esta mesa redonda yo primero no acepté y bajo su insistencia por fin le dije que sí. La razón por la que no acepté es porque yo sabía pertinentemente que en 15 días de tiempo que tenía no iba a poder sacar un minuto para preparar algo muy formal. Por consiguiente, realmente más que una charla, lo que pretendo es presentar algunas ideas, en un pequeño esbozo que he tratado de hacer entre ayer y hoy, y ojalá que permita alguna discusión. Tampoco quiero referirme muy detenidamente a cuestiones de identidad cultural específicas, sino más bien a un proceso más global que quizá se pueda llamar la articulación etnia-estado, es decir, la relación de las identidades particulares con el estado.

Descendientes de los habitantes más antiguos de Costa Rica, no se sabe a la llegada de los españoles a Costa Rica, cuántos indígenas habitaron nuestras tierras, lo que hoy es Costa Rica. Y paradójicamente, todavía no se sabe cuántos son en la actualidad. Esto sólo para señalar que es obvio que las poblaciones indígenas no han suscitado el interés suficiente por parte del estado costarricense; quizá se pudiera decir que son aproximadamente unos 10.000 en lo que respecta a la provincia de Limón, pero es aventurado decir cuántos son, sería un cálculo muy aproximado de las reservas indígenas de Talamanca, Valle de la Estrella y parte de la reserva de Chirripó que da a la provincia de Limón. Ellos son Bribris, son Cabécares, pero también hacia Tortuguero, hacia Barras del Colorado y, en algunos casos, en la misma Talamanca, son también Misikitos, Sumos y Ramas, que en la última década han emigrado de Nicaragua. Cada grupo étnico que he mencionado posee una identidad cultural propia, que se basa en rasgos muy específicos como el idioma, en la mitología particular, en la cosmovisión, lo que Bate llama una comunidad racial, entiéndase positivamente. Cada día, sin embargo, esos rasgos que he mencionado y otros, son más difíciles de reproducir, es decir, se van extinguiendo, por efecto de la transculturación, y es interesante, creo, tratar de entender por qué

se da esa transculturación. Hay que señalar que han sido excepcionales, y marginales, las políticas de salud, de educación, etc., que promueven la permanencia, en nuestro territorio, de identidades diferenciadas con respecto a la implantación de una identidad más amplia, identidad que si se quiere puede llamarse "nacional", pero que se ponga entre comillas, porque hasta el momento se trata de una identidad del Valle Central. En efecto, las instituciones públicas, privadas también, se han encargado de exportar, podríamos decirlo así, desde el Valle Central hacia las regiones del país, concepciones particulares de la salud, de la organización social y política, de la educación. En una palabra, se han encargado de exportar una identidad cultural muy particular. Este fenómeno podríamos llamarlo colonización cultural interna, que todavía está en proceso que se define como transculturación, porque impone una adopción más o menos voluntaria de nuevos patrones culturales. A lo que se asiste es a una verdadera asfixia cultural; todo o casi todo apunta a una transformación forzada de los patrones culturales tradicionales.

A este respecto, la pregunta clave sería: ¿a quién le sirve que mueran culturalmente los pueblos indios, o en general, a quién le sirve que mueran las identidades culturales particulares y regionales? Para esto creo que es importante referirse a lo que es el Estado, pero yo presentaría esto más como una hipótesis que merece mayor investigación. Es quizá para los antropólogos un reto que todavía no hemos enfrentado. El modelo de Estado costarricense que se ha venido impulsando desde los años 50 es el de un estado homogenizador, es decir, un modelo de estado que trata de implantar una concepción particular y única de desarrollo. Este modelo que se ha impulsado, paralelamente, ha cumplido la función de ir integrando a toda la población costarricense a una gigantesca red de relaciones capitalistas. El Estado, creo, ha sido entonces homogenizador tanto desde un punto de vista estructural como desde un punto de vista superestructural. La homogenización cultural, en otros términos,

nos, no ha hecho sino respaldar y facilitar un proceso de homogenización capitalista. Se ha promovido, entonces, la desculturación o transculturación, la cual ha sido prácticamente sinónimo de mercantilización. Aquí quiero referirme al caso de Talamanca que lo demuestra. Si observamos el consumo de mercancías en lo que es la reserva de Talamanca, podríamos dividirla en 3 zonas: una en la montaña, lo que se llama la alta Talamanca, que consiste en las cabeceras de los ríos Coen, Lari y Urén, básicamente; otra, que está entre la margen derecha del río Telire y la montaña que consiste en el Valle de Talamanca (y si se sitúa con tanta precisión respecto al río Telire, es por el hecho de que sobre el río Telire en esa región, en esa parte de Talamanca, no hay puentes), y la última, por fin, es la que constituye la parte de reserva de Talamanca que está a la margen izquierda del río Telire.

¿Sobre qué se fundamenta esto? Bueno, cuando vamos a Talamanca y llegamos a la zona de Suretka, Chiroles y esa parte, son pocas cosas, aparte de algunos rasgos raciales, las que nos indicarán que nos encontramos en una reserva indígena. No observaremos nada muy diferente con respecto al pueblo de Bribri o de otras comunidades más cercanas a Limón o, incluso, a San José. Cuando pasamos el río observamos, sí, ya algunos rasgos que van definiendo más a la población como una población culturalmente indígena: estilos de casas particulares y el idioma que se conserva todavía; aunque a la par de esto, también otros elementos nos recuerdan el contexto anterior: niños que no conocen su idioma y que hablan sólo español, algunas casas, ranchos que no tienen nada de específicamente indígena; en algunos casos, ranchos donde los dormitorios son de estilo indígena y la cocina de estilo moderno, etc. Cuando vamos a la montaña todo cambia, ahí no encontramos láminas de zinc, no encontramos prácticamente a ninguna persona que hable sólo el español, y en algunos casos encontramos a personas que ni siquiera lo hablan; en los ranchos no encontramos un solo clavo, sino bejucos, suite, horcones de madera, etc. Todo construido a la usanza tradicional. En el consumo de alimentos, esto también se nota en la montaña, una cultura autosubsistente, básicamente, con escasísimos excedentes, difícilmente comercializables, por el hecho de que los

ríos en esa parte de la montaña no son navegables, y de que a la montaña ni siquiera pueden entrar los caballos, el único transporte posible es a espaldas, sacando a pie la producción. En el Valle, en cambio, encontramos pulperías, encontramos una producción mercantil que a grandes costos se acarrea hacia el río Telire, donde se le vende a los intermediarios. A la margen izquierda del río Telire, encontramos caminos, por los que transitan los intermediarios que vienen de San José, incluso de Nicaragua en algunos casos, ya que el plátano de la zona se considera uno de los mejores. Todo esto nos indica, si observamos el plano cultural, que a mayores relaciones mercantiles, que se dan cada vez que nos acercamos más a donde están las carreteras, a donde están los puestos de salud, etc., etc., mayor transculturación; es decir, a la margen izquierda del río Telire, es difícil, hoy en día, decir que hay una cultura indígena. En cambio, en la montaña, en el alto de Talamanca, esto se percibe mucho mejor. En la zona que está entre el río Telire y la montaña, se nota una mezcla muy fuerte. Esta política, transculturadora o que transcultura a la población, ha sido posible, creo, por el hecho de que los grupos étnicos constituyen minorías en nuestro país, lo que no es el caso de los otros países centroamericanos. Al sumo, cuando ya nos ponemos en el plano nacional, las cifras más optimistas, nos dicen que son 25.000 indígenas; en todo caso, cercanos al 1% de la población o inferiores al 1% de la población. Por otro lado, los indígenas no están concentrados en un solo lugar; los indígenas se encuentran dispersos sobre todo el territorio, con muy bajas posibilidades de constituir grupos de presión. Es decir, que ese 1% de población no tiene posibilidades de constituirse como grupo de presión, de aglutinarse y por eso no puede hacer valer el derecho a sus reivindicaciones. Significa entonces que las reivindicaciones de los pocos indígenas organizados existentes, no han tenido prácticamente ningún eco a nivel nacional, a pesar que su situación problemática se viene repitiendo desde hace muchos años. Esto significa también que fácilmente el Estado puede fingir ignorar esas reivindicaciones, sin crear un alboroto, sin que tenga mayores repercusiones. Sin embargo, creo que hay razones suficientes para que los grupos culturalmente diferenciados merezcan más atención; incluso, desde una lógica propiamente capitalista.

Una de las tantas definiciones de cultura que hay, señala que consiste: "en el conjunto de conocimientos y comportamientos, técnicas económicas, rituales". Hay comportamientos particulares que resultan, por supuesto, de una experiencia sobre la tierra muy particular; esta experiencia se expresa en una realidad también particular del elemento humano con la naturaleza.

Piénsese que en el Cantón de Buenos Aires, porque aquí me salgo del Cantón de Limón para el cual no tengo datos específicos, en el Cantón de Buenos Aires hace unos 30 a 40 años la población mayoritaria era indígena. Hoy día es de alrededor de 30%, aunque hace 30 a 40 años era mayoritaria. Para ese entonces el cantón estaba cubierto en un 75% por bosques primarios y secundarios; para ese entonces, no había un desarrollo infraestructural, como el que podemos notar hoy; las carreteras de acceso a la frontera no estaban terminadas o apenas en construcción. 30 a 40 años después, si nos desplazamos a la zona, podemos con un simple vistazo observar que el bosque primario y secundario no alcanza ni siquiera un 20%, y año con año, si vamos a esas reservas, nos damos cuenta que la deforestación avanza, no se detiene, cada año vemos una porción de bosque menos y esto de un año a otro es evidente. Entonces, si hace unos 30 o 40 años la sociedad indígena pudo conservar según vimos en el cantón de Buenos Aires un 75% del territorio con bosque, esto nos enseña de fijo, que la sociedad indígena tenía una relación muy particular con la naturaleza, una relación que no era de destrucción sistemática, sino de un aprovechamiento equilibrado.

El mismo sistema de producción indígena es equilibrado con la naturaleza, está en relación con la naturaleza, se corta la montaña, se vota el bosque para producir, pero cuando la parcela se agota, se abandona y en el lapso de algunos años se regenera el bosque, se regenera cada vez. Esto comprueba que el sistema de rotación indígena es perfectamente funcional en ese contexto. Todo esto lo señalo porque considero que es parte de la sabiduría indígena, esa relación tan especial que ha conseguido con la naturaleza, esa relación de respeto que también está consignada en su sistema ideológico. Esta relación se expresa también, por ejemplo, en los conocimientos

impresionantes que tienen los que nosotros llamamos sukias, y que los bribris llaman awápa, con respecto al valor de las plantas medicinales. Es un conocimiento absolutamente increíble. El sukia o awá conoce perfectamente toda la variedad de la flora en su contexto; pero más que eso, sabe exactamente para qué puede servir cada una de esas plantas. Piénsese tan sólo en que la sociedad costarricense en general está pasando a la par de este conocimiento tan impresionante, está desaprovechándolo, cuando podría constituir a partir de él una industria farmacéutica floreciente. Podríamos estar exportando medicinas, en vez de estarlas importando; la naturaleza tiene remedios para todos los males o casi todos.

Hay muchas anécdotas respecto a picaduras de culebras que lo demuestran. Personas que llegan a los hospitales después de 6 días de haber sido mordidas por una serpiente a quienes el médico sencillamente las devuelve, porque ya no tiene nada que hacer. Al revés también es cierto lo que he mencionado. Es decir, la cultura indígena es un cúmulo de conocimientos, pero reconoce que las otras culturas también son cúmulos de conocimientos; eso ha hecho que los indígenas hayan adquirido elementos culturales ajenos. Piénsese tan sólo en la adopción del machete, el hacha, la lima y otros instrumentos por la sociedad indígena; esto representa, sin lugar a dudas, un desarrollo formidable de sus fuerzas productivas que han sabido aprovechar.

Por otro lado, a nivel de una nación, la coexistencia de grupos culturalmente diferenciados, constituye a largo o mediano plazo un fenómeno esencial, la forja de una identidad nacional particular. La imagen de la cultura costarricense como producto exclusivo de una cultura principal, no es sino una pseudoconcreción. Si analizamos los factores constituyentes de nuestra cultura nacional, nos damos cuenta de que es muchísimo lo que deben a las culturas indígenas que crecieron en este territorio. Piénsese por ejemplo en las comidas típicas, pocas son las que no se preparan a partir de cultígenos que las sociedades indígenas sembraron: maíz, frijoles, ayote, zapallo, etc. Piénsese en la toponimia, prácticamente todos los nombres que no sean de santos en nuestra geografía, tienen un origen in-

dígena muy neto: Irazú, Zurquí, Barva, Cot, Aserri, Curridabat, Guanacaste, etc. Todas estas palabras son factores de una identidad nacional y son indígenas, gran parte del vocabulario que llamamos costarricense es de origen netamente indígena. Para dar sólo ejemplos obvios: Curraré, plátano (capasuri) curraré, cubá, los cubaces, el ave nacional, el yigüirro, que según estudio de Adolfo Constenla, es un vocablo huetar. Creo que queda demostrado así que la raíz indígena está presente en la cultura nacional, aunque queramos acallarla, raíz que también es genética, para la población costarricense. Según el Instituto de Investigaciones para la Salud de la Universidad de Costa Rica, IINISA, "el 60%" del patrimonio costarricense es de origen indígena. Ahora bien, la coexistencia de culturas diferenciadas sólo es posible sobre la base de la existen-

cia de identidades culturales particulares y creo que esta es una buena razón para garantizar las condiciones que permitan a estas culturas desarrollarse y reproducirse. Aunque se ha tratado de impedir que estas culturas conserven sus identidades, tienen de alguna forma que romper su aislamiento para consolidarse como identidad, es decir, es necesario ampliar los márgenes de solidarización. Si los bribris como bribris, pudieran desplazarse todos a San José, jamás llegarían a ser más de 7.000 y podrían ser fácilmente ignorados; pero, en cambio, si lo hacen con los malekus, con los ramas, con los afrocaribeños y los diferentes grupos que encierra este ámbito cultural, pueden hacer valer sus reivindicaciones culturales, porque pueden representar un grupo de poder.



Fotografía: Nicolás Vincent